

triótico de Quintana (verbigracia, en la oda *A los Griegos en 1821*); y aun de la mansa dulcedumbre de Lista (por ejemplo, en la oda *A la Religión*, dictada por el mismo género de cristianismo sentimental y teo-filantrópico que inspiró la bella oda *A la Beneficencia y El Triunfo de la Tolerancia*); y habiendo traducido é imitado tanto de la literatura francesa y aun de la inglesa é italiana, de Millevoye, de Arnault, de Legouvé, de Delavigne, de Lamartine, de Young, de Campbell, del falso Ossian, de Pindemonte, de Fòscolo..... (algunas veces sin declararlo), todavía queda en él un sello de independencia y de vida poética propia, la cual se cifra en la expresión de su carácter ardiente, apasionado, vehementísimo y sensual (cien veces reflejado en sus poesías); y en sus descripciones, no muy pacientes, pero sí muy brillantes, de naturaleza americana, que eran entonces una singular novedad en el arte, por más que Chateaubriand hubiese comenzado á introducir las en la prosa.

¡Mentira parece que de la misma fragua de donde salieron *El Teocalli* y *El Niágara*, saliesen tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la voluminosa colección de Heredia, demasiado voluminosa para su buen nombre! Los versos eróticos, sobre todo, deben desecharse á carga cerrada ó poco menos. Son ardientes y sinceros en su sensualidad; no son versos de pura imitación; expresan á veces la embriaguez del deleite, pero no la expresan poéticamente. De ellos ha dicho el Sr. Cánovas: «Son cartas de amor que ganarían mucho con estar en prosa.» Y yo añado, aunque parezca paradoja, que quizá Heredia amó demasiado para ser buen poeta amatorio. De tal modo le domina el tumulto

de los sentidos, que apenas deja espacio libre para la aparición, siempre lenta y laboriosa, de la forma artística que, cuando el espíritu no la emancipa, permanece como soterrada y envuelta en el momento erótico, el cual por sí solo no tiene valor ni eficacia poética alguna, como no sea para el propio individuo.

En cambio, Heredia aparece gran poeta siempre que describe, y esto aun en composiciones que por lo demás no merecen grande alabanza. Algunos hermosos fragmentos como *La Tempestad*, *La Muerte del Toro*, etcétera, forman digno cortejo á sus dos obras maestras; y las traducciones son, en general, recomendables, salvo alguna como *La Novia de Corinto*, de Goethe, en que no pudo consultar directamente el original ni apropiarse su recóndita belleza (1). En cam-

(1) Nació D. José María de Heredia en Santiago de Cuba, de padres dominicanos, el 31 de Diciembre de 1803; hizo sus estudios de Humanidades y Derecho en Santo Domingo y en la Habana, demostrando extraordinaria precocidad intelectual: dicen que componía versos á los diez años. En 1820 se graduó de Bachiller en leyes, y comenzó á ejercer en Matanzas la profesión de abogado. Por haber tomado parte en una conspiración separatista, fué condenado á destierro perpetuo de la isla en 1823. Residió tres años en los Estados Unidos, y de allí pasó á México, donde ocupó sucesivamente los cargos de Oficial de la Secretaría de Estado, Juez de primera instancia, Fiscal de la Audiencia, y, finalmente, Magistrado. En 1836 el Capitán general D. Miguel Tacón le permitió volver por algunos meses á Cuba, donde continuaba residiendo su familia. De vuelta á México, se encargó de la dirección de la *Gaceta Oficial* de la República; pero su salud estaba tan quebrantada, que hubo de retirarse al poco tiempo á Toluca, donde falleció el 21 de Mayo de 1839. Su muerte fué ejemplar y digna de un varón piadoso, y sus últimos versos atestiguan la sinceridad y firmeza de su fe católica, que no le había desamparado ni aun en medio del torbellino revolucionario.

Hay diez ó doce ediciones de las poesías de Heredia, publicadas unas en América y otras en Europa. La de Nueva York, 1825, y la de Toluca, 1832, son las únicas que el autor dirigió por sí mismo, debiendo advertirse que la mayor parte de los pocos ejemplares de la segunda que pueden encontrarse

bio con la poesía inglesa cobró mucha familiaridad en sus últimos años, y no puede negarse que esto contribuyese en gran manera á extender el campo de sus ideas, si bien no modificó esencialmente su gusto, ni apartó su estilo de la tradición de Cienfuegos y Quintana, que ya

en Cuba y en España, están mutilados, faltándoles las composiciones revolucionarias, que Heredia incluyó sólo en los ejemplares destinados á México. De las posteriores, la más completa y esmerada es la de Nueva York, 1875, publicada por D. Néstor Ponce de León, con una biografía de Heredia escrita por D. Antonio Bachiller y Morales, trabajo apreciable, pero que tenemos por muy incompleto. La verdadera biografía de Heredia está aun por hacer, y sólo puede escribirse en América, donde existen sus publicaciones en prosa, que apenas son conocidas aquí, y gran número de cartas suyas que deben de tener grande interés á juzgar por las muestras que hemos visto. Sería de desear que este trabajo se hiciese con la mayor imparcialidad posible, y que acompañase á una edición completa de sus obras, que todavía no existe.

El primer tomo de la de Ponce contiene los versos líricos, y el segundo tres tragedias traducidas ó imitadas, el *Abufar*, de Ducis; el *Tiberio*, de Chénier, y el *Sila*, que es de Jouy, aunque no se indica el autor. Todas ellas se representaron en México: el *Tiberio* lleva una dedicatoria á Fernando VII llena de feroces insultos. De otra tragedia suya, titulada *Los últimos romanos*, no conocemos más que el título: consta además que tradujo *Mahoma ó el Fanatismo*, de Voltaire; *Cayo Graco*, de Chénier, y *Saúl*, de Alfieri. En 1831 publicó en Toluca cuatro tomitos de *Lecciones de Historia Universal*, sobre el modelo de las que había compuesto en inglés el profesor Tytler. Son muchos los periódicos que redactó ó en que colaboró: la *Biblioteca de Damas*, *El Iris*, *La Miscelánea*, *El Indicador de la Federación Mexicana*....

Entre los críticos extranjeros que han hecho plena justicia al mérito poético de Heredia, hay que citar al insigne Villemain (*Essais sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique*...., 1859, páginas 580-586), y al inglés J. Kennedy en su libro muy curioso y no bastante conocido entre nosotros, *Modern Poets and Poetry of Spain*.... (London, 1852), páginas 265 á 290. Kennedy puso en inglés algunas poesías de Heredia, y antes se había hecho en los Estados Unidos una traducción de *El Niágara*, que Kennedy califica de excelente. Á la diligencia de este erudito inglés se debe el haber notado los originales de muchas composiciones traducidas ó imitadas, cuyo origen no se expresaba en la edición de Toluca. Y dice con mucha razón: «*It is much to be regretted that Heredia did not distinguish his original compositions in all cases from imitations, as there is no statement with regard to this one, of its ha-*

en su tiempo habían sido asiduos lectores de Young y de Thompson.

La superioridad de Heredia sobre el resto de los poetas cubanos de la escuela clásica es tan abrumadora, que ha perjudicado sin duda á la modesta fama que merecen algunos contemporáneos suyos, especialmente el pulcro y elegante *Delio* (D. Francisco Iturrondo), que quiso remedar las silvas americanas de Bello en una que llamó *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*, la cual naturalmente pierde mucho cotejada con su modelo insuperable; y el consumado humanista y bibliógrafo D. Domingo del Monte, amigo de Gallego, de Lista y de Gallardo, y Mecenas generoso de toda la juventud literaria de la isla. Pero según el criterio estricto de la patria geográfica que adoptamos en esta obra, no pueden figurar en la serie de los poetas cubanos, ni Iturrondo ni Del Monte, puesto que el primero había nacido en Cádiz, si bien residió en América desde los seis años; y el segundo era venezolano, de Maracaibo; aunque apenas hubo entre los nacidos en la grande Antilla, quien tanto se afanase por su progreso y cultura, así

ving taken from another author.... The interest of literature require that such acknowledgements should be uniformly made, that we should know gold from imitations, and give every one his right and place.»

Yo creo, sin embargo, que esta omisión, lo mismo en Heredia que en Pesado y otros de aquel tiempo, nacía de abandono más bien que de mala conciencia literaria. El mismo Kennedy lo reconoce: «*Heredia's original poems, many of them written to, or respecting his near relatives or other friends, betoken so much true poetic feeling, as well as flow of poetical ideas, that we cannot suppose the neglect of which we have complained to have been more than an oversight. He might even in some cases have lost remembrance of his obligations, and repeated from memory when he thought he was writing from inspiration.... He had, however, in early life so many privations to endure, that we may not be surprised at his inexactness in minor matters.*»

económica como intelectual. Era Del Monte hombre juiciosísimo, de vasta lección y gusto muy acendrado, gran celador de la pureza de la lengua castellana, y de la conservación de sus antiguos tesoros, é hizo en Cuba tan buen servicio como el Conde de la Cortina en México, oponiéndose á la irrupción de los barbarismos locales y recomendando el estudio de los clásicos castellanos, de cuyas obras llegó á reunir copiosa biblioteca. Por los años de 1830 á 1840 su casa de Matanzas era una especie de tertulia literaria, ó más bien de academia, por donde pasaron todos los hombres eminentes de Cuba, y en donde algunos puede decirse que se educaron. No sabemos si las ideas políticas de Del Monte diferían mucho de las que entonces desgraciadamente dominaban en el ánimo de la mayor parte de los cubanos literatos: su intimidad con Heredia y Luz Caballero, y la especie de destierro en que vivió en Madrid desde 1844 hasta su muerte, acaecida en 1853, inducen á creer que no; pero lo cierto es que no se le puede acusar de ningún pecado contra el patriotismo literario. Sus agradables romances sobre costumbres del campo de Cuba son de la mejor escuela peninsular, y así en ellos como en sus sátiras y epístolas, y en las traducciones que hizo de algunas elegías italianas de Monti, campea la dicción más tersa y castiza. Su predilecto entre los poetas españoles modernos era D. Juan Nicasio Gallego, y á la diligencia de Del Monte se debió la primera, aunque incompletísima, edición de los *versos* del cantor del *Dos de Mayo*, publicada en Filadelfia en 1829, y que es ya peregrina entre los bibliófilos.

Con Del Monte contribuyeron á difundir sanos principios literarios varios humanistas y poetas de mediano

mérito, entre los cuales recordamos á D. Ignacio Valdés Machuca (*Desval*), imitador de Meléndez Valdés y de Arriaza en un tomo de poesías ligeras que tituló *Ocios poéticos* (1819) y traductor ó más bien refundidor de las *Cantatas* de Juan Jacobo Rousseau (1829); al profesor de Filosofía D. Manuel González del Valle, que publicó en 1827 un *Diccionario de las Musas, donde se explica lo más importante de la poética teórica y práctica.....*; al célebre abogado D. Anacleto Bermúdez (*Fileno*); á D. José Policarpo Valdés (*Polidoro*), y á otros varios que, sin ser poetas de profesión, hicieron alguna vez elegantes versos, con la facilidad que para hacerlos suele tener toda persona culta en los países de lengua española, y especialmente en América. Algunos de estos ingenios, y otros ya citados, como Iturrondo (*Delio*), tomaron parte en la *Corona Fúnebre* á la memoria del ilustre Obispo de la Habana, Espada y Landa (1834), y en la *Aureola poética* que dedicaron las *Musas del Almendares* á Martínez de la Rosa con motivo de la promulgación del Estatuto Real. De éstos y otros muchos versificadores, que considerados como tales no tienen importancia, aunque á veces la tengan muy grande en otros estudios, como el eminente naturalista D. Felipe Poey y el bibliógrafo y anticuario Bachiller y Morales, pueden verse noticias y muestras en el *Parnaso Cubano*.

El clasicismo de Del Monte era amplio y tolerante como el de Lista: así es que él alentó los primeros ensayos románticos en Cuba, y bajo su protección comenzó á desarrollarse el talento poético del principal representante de la escuela, José Jacinto Milanés. Este simpático é infeliz poeta, que empezó tan bien y acabó tan

desastrosamente, entorpecida su razón por las nieblas de la locura, y mucho antes por las del mal gusto, tuvo en su corta vida literaria dos periodos, que importa distinguir para que sea recto el juicio que sobre sus versos recaiga. Hay un Milanés de los primeros tiempos, nutrido con el estudio de Lope de Vega, y como él espontáneo, tierno, fluido y sencillo, el Milanés de *La madrugada* y de *La fuga de la tórtola*, aquel de quien decía Zenea: «Sus versos se deslizan como el agua que apenas hace ruido: son como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas y que caen sobre un plato de oro.» Este dulce Milanés, poeta de sentimiento candoroso y casi infantil, es el único que para la posteridad importa: tiene su fisonomía propia, que es la *ingenuidad* lírica; su peculiar modo de sentir la naturaleza:

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar en el río,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse;
Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil....

Tiene también su peculiar esfera de sentimiento; y la vaga melancolía romántica, al pasar por sus labios, toma un no sé qué de lánguido y femenino, que agrada por el contraste con la intemperancia frenética que en su tiempo dominaba:

«Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas,
Si dos nubes enlazarse

Y por el éter perderse,
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse,
Me paro, y con ansiedad,
Recuerdo que á nadie adoro,
Miro tanto enlace y lloro
Mi continua soledad.»

Á este suave poeta, que, con parecer tan inocente y aniñado, no dejaba de encerrar, en el sencillo cuadro de un idilio, toda una síntesis del amor y de la naturaleza, sucedió otro Milanés insoportable, despeñado en todos los abismos de un incorrecto y callejero romanticismo, con cándidas aspiraciones de reforma social. La lectura de Espronceda, que era sin duda el poeta que menos cuadraba á su índole, le fué, por muchas razones, funesta. Se enamoró de lo que Espronceda tiene menos digno de imitación y de lo que menos podía él imitar, y vició torpemente su índole poética propia, por entregarse á la fascinación que sobre él ejercía la acre poesía socialista de *El Verdugo*, *El Reo de Muerte* y *El Mendigo*. Entonces brotaron de su pluma aquellos increíbles abortos de una demencia literaria, que desgraciadamente era precursora de otro género de demencia: *La Ramera*, *Á una madre impura*, *El Expósito*, *La Cárcel*, *El Hijo del rico*, *El Ebrio*, *El Bandolero*....., lucubraciones en que compite lo vulgar y grosero del pensamiento con la forma desaliñada y á veces soez y chavacana, como si el autor hubiese olvidado de repente hasta las nociones más triviales de versificación y estilo poético.

Dejadas todas estas aberraciones en el olvido que merecen, bástanle á Milanés, para perpetuar su nombre, cinco ó seis de sus primeras poesías líricas. Fué también

poeta dramático, y de los más estimables entre los pocos que han ensayado este género en América; no porque tuviese grande habilidad en la traza de sus planes, ni conocimiento ni práctica de la escena, sino porque tenía pasión y fuego, y había aprendido el arte de dialogar en nuestros antiguos dramáticos, y especialmente en Lope de Vega. *El Conde Alarcos* es un drama de contextura muy endeble y viciosa, que seguramente no podría sostenerse en las tablas, pero que leído agrada como una leyenda lastimera ó una patética elegía; si bien algo le daña, como á todos los dramas compuestos sobre el mismo asunto, desde Lope, Guillén de Castro y Mira de Mescua hasta Federico Schlegel, la comparación con la sublime y trágica grandeza del antiguo romance, donde un juglar inculto se levantó, por la sola fuerza del sentimiento, á bellezas dignas de Eurípides. Pero así en *El Conde Alarcos* como en otros ensayos de Milanés, verbigracia, *El Poeta en la corte*, el proverbio dramático *Á buena hambre no hay pan duro* (cuyo protagonista es Cervantes,) y la agradable imitación de Lope que tituló *Por el puente ó por el río*, hay, no sólo buen sabor de dicción, sino ambiente español de los tiempos clásicos, y una especie de adivinación del Madrid de capa y espada; que es rara, por no decir única, en obras de poeta americano, y que parece fenómeno de atavismo más que resultado del estudio. Algo de esto hay también en las leyendas y cuentos en verso que escribió imitando á Zorrilla, pero en general valen menos. Hizo también cuadros dialogados de costumbres con el título de *El Mirón cubano* (1).

(1) Nació D. José Jacinto Milanés en Matanzas, el día 16 de Agosto

Todavía más desdichada que la suerte de Milanés fué la de otro poeta contemporáneo suyo, en quien extraordinarias circunstancias personales han venido á realizar un mérito positivo y real, siquiera haya sido desatinadamente exagerado. Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por su pseudónimo de *Plácido* (que tomó, según parece, de una novela de Mme. de Genlis), era un poeta *de color*, hijo de padre mulato y mujer blanca: era además expósito, ejerció un oficio mecánico, no tuvo más cultura que la que el infeliz pudo granjearse en lecturas desordenadas de los primeros libros que le caían en la mano: participó, pues, de algunos de los privilegios del genio inculto, cuya aparición es ya tan rara en nuestras sociedades; y para que nada faltase á la extraña novela de su vida, fué conspirador y murió fusilado. Todo esto, aunque sus versos valiesen menos de

de 1814. No concurrió á más escuelas que la de primeras letras: sus estudios literarios fueron de índole privada, puesto que desde su adolescencia vivió entregado á las prosaicas operaciones mercantiles. Del Monte dirigió sus primeros pasos, y le ayudó mucho con sus consejos y con sus libros. Desde 1837 comenzaron á aparecer sus versos en *El Aguinaldo Habanero*, en *El Album*, en *El Plantel*, en *La Cartera Cubana*, etc. En 1843 sintió los primeros amagos de la terrible enfermedad que obscureció su inteligencia y le llevó á la tumba después de un martirio de veinte años. Falleció el 14 de Noviembre de 1863.

La primera edición de sus *Obras* (poesías líricas, teatro y algunos artículos en prosa), divididas en cuatro volúmenes, fué publicada en 1846 en la Habana por un hermano del poeta, y es ya muy rara. La que tengo á la vista es la segunda, de Nueva York, 1865, en un solo pero grueso volumen en 4.º, á dos columnas, «corregida, aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor sobre la vida y escritos del poeta» (Nueva York, Juan F. Trow y C.ª, 1865). La biografía, aunque enfática y nebulosa, contiene algunas observaciones críticas no despreciables. Del Federico Milanés, que la firma, conozco varias sátiras y otras poesías de cierto mérito, insertas en *El Parnaso Cubano*. Sus mejores versos son quizá los que compuso en el aniversario de la muerte de su hermano.

lo que valen, haría interesante á *Plácido* como curiosidad antropológica y como trágico ejemplo de las desdichas humanas y objeto de piedad y conmiseración para toda alma generosa: la relación de sus últimos momentos conmueve, y prueba que nada tenía de vulgar el hombre que supo morir tan resignada y cristianamente, con grandeza de ánimo y sin jactancia. No es de admirar, pues, que al juzgar al poeta, y esto no sólo en América, donde su apoteosis servía para otros fines, sino en España, donde el noble instinto de la raza se puso desde el primer momento de parte del poeta sacrificado, la balanza de la crítica se haya torcido siempre del lado de la indulgencia, hasta tocar los límites del ditirambo. Un poeta espontáneo, ignorante de todas las cosas divinas y humanas, y por añadidura negro, ó á lo menos pardo, era un hallazgo inestimable para los que de buen grado cifrarian su ideal artístico en un *genio* que no supiese leer ni escribir, aunque sólo en esto se pareciese al divino Homero. La idea, pues, tan absurda como frecuente en España, de la incompatibilidad entre el *genio* de la poesía y la meditación y el estudio, ha servido admirablemente á la fama de *Plácido*, no menos que su muerte trágica, muy propia también para confirmar otra vulgaridad muy corriente, sobre todo en los tiempos románticos, cual es la del lazo estrechísimo y fatal entre el *genio* y la desdicha.

Ni *Plácido* era genio, ni poeta enteramente rudo, ni el color de su cara se trasluce en sus versos, ni sus delirios políticos, ó más bien los rencores de casta, que le arrastraron al patíbulo, tienen que ver con el poco ó mucho talento poético que Dios le hubiera concedido. Es sin duda, hasta la hora presente, el más notable de

los poetas *de color*, lo cual no quiere decir que pueda aplicársele lo que se dijo de Juan Francisco Manzano (1): «Es el mejor de los poetas negros y el peor de los poetas blancos» (2). Blanco ó negro, *Plácido*, aunque muy distante de Heredia, de Milanés, de la Avellaneda, de Luáces y de Zenea, para no citar á otros, tiene su valor propio y su representación en el Parnaso cubano.

Quien escribió el magistral y primoroso romance de *Xicotencal*, que Góngora no desdeñaría entre los suyos, el bello soneto descriptivo *La Muerte de Gessler*, la graciosa letrilla de *La Flor de la caña* y la inspirada plegaria que iba recitando camino del patíbulo, no necesita ser mulato ni haber sido fusilado para que la posteridad se acuerde de él. Es cierto que la mayor parte de sus poesías, con excepción de las citadas y de otras cuatro ó cinco, son un fárrago ilegible que, en honra de su autor, debiera quemarse; pero aun en lo

(1) De este poeta, que no era mulato como *Plácido*, sino negro de raza pura y cocinero de oficio, nada hemos querido insertar en esta Colección, porque lo interesante en él no son precisamente sus versos, sino su color y el esfuerzo con que, merced al cultivo de la poesía, fué limando los hierros de su esclavitud hasta lograr la emancipación, que le costearon varios amigos de las letras. El tomito de sus *Poesías Líricas* se imprimió en 1821, y escasea mucho. Hay otras composiciones posteriores en varios periódicos de la isla, y por la rareza del caso han sido traducidas algunas de ellas al francés por Schoelcher en su libro *Abolition de l'esclavage* (1840), y todas al inglés por R. R. Maddens (*The Poems by a slave in the Island of Cuba recently liberated, translated from the spanish, by R. R. Maddens, M. D.*.... London, 1840). Lo más curioso que este libro contiene es una especie de autobiografía de Manzano. Entre los versos tiene relativo valor, para hecha por un infeliz esclavo, la oda *Á la música*. Hay curiosas noticias de él y de otros negros y mulatos poetas en el opúsculo de D. Francisco Calcagno, *Poetas de color* (La Habana, 1878).

(2) *La Poesía Lírica en Cuba*, por D. Emilio M. González del Valle, segunda edición. Barcelona, 1884, pág. 171.